# SEGUNDA PARTE.

## ¡Viva la América!

## CAPITULO I.

### El legado de un Héroe.

I.

El sol está claro, y atraviesa espléndido viajero enmedio de un cielo azul y trasparente.

El Popocatepetl y el Ixtacihuatl levantan sus frentes coronadas de eternos hielos, destacándose como dos colosos en el fondo purísimo del horizonte.

El campo está árido, y parece alfombrarse con el oro de las espigas tostadas por el hielo.

Un aire sutil recorre la llanura, levantando pirámides de polvo que se remontan hasta las nubes, recorren algunos puntos de la estension y se deshacen al soplo de un aliento desconocido.

Las bandadas de aves atraviesan en pos del remanso ofrecido por el cristal sereno de las aguas.

Se oye á lo léjos el grito de los pastores que conducen sus ovejas, y vuelve á quedar todo en ese silencio del medio dia.

Las barcas pescadoras yacen atracadas en la orilla, todo respira calma, y la soledad callada de aquel pintoresco cuadro respira melancolía y tristeza! . . .

Por la ancha via que comienza en la salida de la Capital hácia el Noroeste, y ya pasada la cordillera donde se agrupa el histórico *Tepeyac*, vá una carabana de dragones escoltando un coche que camina pausadamente.

Los ginetes se avanzan en todas direcciones, y van examinando todos los puntos del camino, revelando el temor de ser sorprendidos.

De una de las casucas de una ranchería se desprende un hombre montado en un alazan soberbio, y se dirije al jefe de la escolta.

—Capitan Rosales, qué se ofrece?

—Nada, señor Verdeja, hace un cuarto de hora que percibimos sobre la carretera á la escolta, y nos ha llamado la atencion.

—Traemos á un reo de mucha importancia.

—Se puede saber?

—Sí, pero en reserva.

—Puede usted hablar, ya sabeis que soy fiel á la causa del rey.

—Pues el reo es el cura don José María Morelos.

—¡Poder de Dios!

—Vamos á San Cristóbal Ecatepec, donde será fusilado hoy mismo.

—¿Quién lo habia de pensar, señor Verdeja?

—A mí me trae triste este acontecimiento.

—Como que es un golpe terrible de la fortuna.

—El hombre de tantos combates y de tantas combinaciones, venir á morir como un simple soldado.

—Esta es la suerte de los que andamos en la guerra, tal vez mañana nos toque á nosotros.

—Eso es seguro.

—Desde que el señor Morelos perdió la batalla de Valladolid, y fué sorprendido en Puruaran, la desgracia le ha seguido por todas partes, derrotas tras de derrotas.



—Le han faltado sus dos brazos, el señor Galeana y el padre Matamoros.

—Yo he oido contar esas historias: su Excelencia el virey decia algunas noches, que estos señores merecian otra suerte; figúrese usted capitan, que el padre Matamoros era uno de los soldados mas valientes y de mas capacidad, se habia improvisado en un gran general, y en la batalla del Palmar que perdimos los realistas, hizo proezas dignas de un héroe; como organizador era inimitable.

—Yo estube en esa accion, cuando derrotamos al señor Morelos, el cura Matamoros no pudo huir, y el coronel Iturbide lo mandó fusilar.

—Peor estuvo lo de Galeana: figúrese usted que iba batiéndose en retirada, cuando su caballo dió un salto al pasar un arroyo, desgraciadamente habia un árbol, y Galeana casi estrelló su cabeza contra el tronco, entonces un dragon realista le disparó el mosquete á quema ropa y le atravesó el pecho; Galeana quiso ya moribundo sacar su espada, pero la muerte se lo impidió, el dragon le cortó la cabeza, y poniéndola en su lanza la llevó á Acayucan en triunfo; algunas mujeres osaron insultarle y hacer mofa, pero nuestro jefe les riñó, y mandó poner la cabeza en la puerta de la iglesia.

—Dicen que el señor Morelos no pudo contener sus lágrimas al recibir la noticia, y agregan que esclamó: *ya nada valgo, me han cortado la mano derecha.*

—Vea usted capitan, estos señores insurgentes tambien han tenido la culpa con esas matanzas horribles que han hecho: el señor Morelos para vengar al cura Matamoros y á Galeana, entraba á las poblaciones y hacia matar á cuantos españoles encontraba.

—En eso estamos parejos, el coronel don Agustin Iturbide, fusiló en el puente de Salvatierra á *trescientos* insurgentes, y eso que era *Viérnes Santo;* dejó aterrorizadas las poblaciones.

—Es verdad, despues ha seguido matando á los prisioneros, ese señor Iturbide ha hecho correr muchísima sangre.

—Tiene un corazon atravesado, de que dice á *matar*, nadie lo detiene, yo le he oido decir que es necesario acabar con los insurgentes.

—Yo no murmuro, señor capitan, pero no me parece bueno incendiar los pueblos, ni derramar tanta sangre.

—Allá con los responsables, que nosotros no hacemos mas que obedecer.

—¿Con que dice usted que hoy será ejecutado el señor Morelos?

—Precisamente.

—Y quién es el encargado del negocio?

—El coronel Concha.

—Pues ya puede encomendarse á Dios.

—El general vá muy tranquilo; cuenta que no se inmutó ni aun en el momento de su prision y que se batió con una serenidad admirable hasta el postrer instante.

—Entre el pueblo corren mil detalles.

—Y todos son ciertos; cuando entró cargado de grillos en Tepecuacuilco, el venerable clero mandó repicar, entonces el cura dijo: "*se conoce que vengo yo aquí*," aludiendo á sus dias de gloria.

—Dicen que al presentarse el oidor Bataller á tomarle declaracion, le dirigió la vista poniéndose la mano derecha sobre las cejas para observarlo, y le dijo: "¿Usted es el oidor Bataller?"

—Sí, yo soy; respondió el golilla con altanería.

—¡Cuánto siento no haber conocido á usted antes!

—¡Es muy bravo este hombre!

—Cuidado señor capitan, esas palabras pudieran denunciar algo de simpatía hácia la causa de la insurgencia.

El capitan guardó silencio.



## II.

La caravana llegó sin novedad á San Cristóbal Ecatepec, punto destinado para la ejecucion del héroe.

Las vicisitudes humanas habian azotado la existencia de aquel génio, como el huracan á los cedros gigantes de los bosques.

De derrota en derrota, de infortunio en infortunio, habia caminado aquel hombre estraordinario, hasta detenerse en la última roca de la pendiente, donde comienzan las gradas del patíbulo.

Peregrino en los desiertos, fugitivo en las selvas de la sierra Madre, perseguido cruelmente mas por la desgracia que por sus enemigos, los dias de sus antiguas glorias comenzaron á entoldarse con el humo de las batallas de Valladolid y de Puruaran.

Una huella de sangre marcaba su tránsito por los campos de la revolucion, sus corceles estropeaban los cadáveres de los insurgentes, de aquellos hombres magnánimos que lo habian acompañado cuando Dios tendia el íris sobre sus armas.

Presenciando las terribles matanzas, llorando en silencio el martirio de sus amigos, cediendo á veces al instinto de destruccion y aniquilando cuantos enemigos caian en sus manos, su existencia se habia tornado en una profunda noche donde cruzaban relámpagos de furor y rayos de esterminio.

El destino con ese aliento pujante, irresistible, marcó el *hasta aquí* de aquellos dias, y el mandato de Dios no cabe en el poder del hombre contrariarle!

El general Morelos habia determinado que el Congreso se trasladase á Pilcayan.

El coronel Concha se apoderó de Tesmalacan, y cuando vió á las tropas americanas entrar en la cañada, cargó con tal brio que

la derrota fué inevitable, á pesar del valor con que se condujeron jefes y soldados.

Cuando Morelos comprendió que la accion estaba perdida, le dijo á Bravo: "*Vaya usted á escoltar al Congreso, que aunque yo perezca no le hace, pues ya está constituido el gobierno.*"

Morelos se sacrificaba á la unidad revolucionaria, condenaba su existencia ante la forma de la nacion; merecia bien de la patria!

Aquel Congreso, que no pudo sobrevivir al caudillo, habia promulgado la Constitucion en Apatzingan, donde se consignaban los derechos del hombre en el código de los pueblos independientes.

☞LA CONSTITUCION FUE QUEMADA POR MANO DE VERDUGO EN LA PLAZA PRINCIPAL DE MEXICO, Y A LOS PIES DE LA ESTATUA ECUESTRE DE CARLOS IV!

Decapitad al siglo XIX! llevad á la hoguera á la revolucion francesa; proclamad como un dogma político las actas del Concilio Ecuménico; detened al sol en su carrera, que el mundo seguirá su marcha imperturbable, llevándoos como un despojo en el campo de la civilizacion y del progreso!

## III.

Dice la historia que se formaron *dos causas* á Morelos: una por el gobierno militar de México, y otra por la Inquisicion, donde estuvo diez y ocho dias.

El caudillo compareció ante el Tribunal de la Fé: ante ese grande aparato cuyos cimientos estaban próximos á hundirse en el polvo de los siglos.

Los hombres del fanatismo formularon cargos terribles, á los que el héroe respondió con entereza, provocando la ira de los inquisidores, que pretendian verlo humillado y contrito como un arrepentido.



Allí, delante de la tiranía y de la opresion, dió un ejemplo sublime de grandeza y de patriotismo al pueblo que le escuchaba.

El banquillo del reo se tornaba en tribuna, desde donde podia hablarle á la humanidad entera!

"Por respuesta á tales cargos, el tribunal de la Inquisicion, en sentencia definitiva, falló: que el presbítero don José María Morelos era *hereje formal, cismático, apóstata, lascivo, hipócrita, enemigo irreconciliable del cristianismo;* y como á tal, lo condenaron á la pena de deposicion, á que asistiera á su *auto* en trage de penitente, con sotanilla sin cuello y *vela verde,* á que hiciera confesion general y tomara ejercicios, y para el caso inesperado y *remotísimo* de que se le perdonara la vida, á una reclusion para todo el resto de ella en Africa, á disposicion del inquisidor general, con obligacion de rezar todos los viérnes del año los *salmos penitenciales* y el rosario de la Vírgen; fijándose en la Iglesia Catedral un *Sambenito,* como á hereje formal reconciliado.

"Quedó el señor Morelos para siempre desnudo de su carácter sublime de sacerdote, reformado á la clase de un secular oscuro é *infinitamente detestable,* por sus maldades sin ejemplo."

Verificóse la ceremonia de la *degradacion* con la mayor pompa, porque la Inquisicion queria ostentar un poder que ya se le escapaba de las manos.

Los clérigos rodearon al héroe, lo despojaron de sus vestiduras segun las prevenciones de los Cánones: Morelos se mantuvo sereno y como estraño á aquel sacrilegio; pero cuando el clérigo que llevaba la voz en la ceremonia tomó el cuchillo para raspar sus manos y cabeza, y pronunció con sonoro acento:

"Con esta *rasura,* te quitamos la potestad de sacrificar, consagrar y bendecir, que recibiste en la uncion de tus manos y pulgares.

"Declaramos que la curia secular reciba á *este* en su foro, destituido de todo órden y privilegio clerical."

El caudillo se inmutó terriblemente.

Ya hemos dicho que Morelos era fanático, y aquella escena era superior á sus fuerzas: mostró un abatimiento grande; pero muy en breve recobró su aplomo, oyó su sentencia y entró con tranquilidad bajo el poder de la autoridad civil, que debia fulminar un anatema de muerte.

El reo fué trasladado á la Ciudadela, donde Bataller siguió el proceso, pasóse al fiscal, quien pidió *que se le amputase la cabeza y las manos, situándose en Oajaca.*

Aquel pedimento fué condenado hasta por los enemigos de la insurgencia.

El Arzobispo Fonte resistió, y las comunidades religiosas multiplicaron sus ruegos al virey para que no se consumase aquella horrible mutilacion.

Era tal la alarma que habia producido en México la suerte del caudillo, que Calleja dispuso que la ejecucion tuviese lugar en San Cristóbal Ecatepec, á cuyo efecto el coronel Concha sacó al reo de la Ciudad, la mañana del 22 de Diciembre de 1815.

## IV.

Hemos dicho que la caravana de la muerte llegó al sitio fatal.

El caudillo fué encapillado en el cuartel del destacamento: por las ventanas se veia el lugar destinado á la ejecucion, el cura lo reconoció perfectamente.

Sirvieron de comer, y Concha le acompañó á la mesa.

—Hermoso dia, dijo Morelos.

Concha no respondió.

—Hemos traido un camino inmejorable, la mañana está serena; hace mucho tiempo que no he gozado de un reposo tan grato como ahora, y es que se aproxima el descanso eterno.



Concha estaba avergonzado de su papel de verdugo.

—Es hermosa la fábrica de esta iglesia, dijo Morelos.

La sacristía se improvisaba en capilla.

—Qué diferencia entre esta y la iglesia de Carácuaro! no obstante, yo le tengo un gran cariño: ahí están todos mis recuerdos.

—No hubiera permitido Dios que la hubiese usted dejado.

—Señor coronel Concha: cada criatura tiene una mision sobre la tierra; yo estaba predestinado para proclamar la independencia de mi patria: no me arrepiento de cuanto he hecho; mi conciencia no me acusa: yo he cedido á mis inspiraciones.

—Yo respeto el juicio de los hombres.

—Usted, señor Concha, cree obrar bien al defender la causa española; juzga que tiene un derecho el rey para imponerse en esta nacion, y que la conquista le ha dado ese *derecho.*

—Es verdad.

—Si usted fuese americano, seguramente no opinaria de esa manera.

—Soy simplemente un soldado.

El cura guardó silencio algunos momentos.

La comida habia terminado.

—Señor, dijo Concha con voz trémula: ¿sabe usted á que ha venido?

—No lo sé; pero lo pienso. . . . á *morir.*

—Sí, señor, y puede usted tomar el tiempo que necesite.

—Dentro de breve despacho; permítame usted que fume un puro, pues lo tengo de costumbre despues de comer.

Encendiólo con tranquilidad, y se puso á pasear por la estancia.

Un fraile apareció en la puerta de la capilla: Concha se iba á retirar.

—Señor coronel, dijo Morelos: que venga el cura, pues no he gustado nunca de confesarme con *frailes.*

El fraile se marchó hecho un energúmeno.

Poco despues vino el vicario, encerróse con el héroe, abrió las

fuentes de su conciencia, mostró su alma al ministro del Altísimo, y recibió la absolucion.

Arrodillóse despues, y encomendó su alma al Señor que la habia creado.

El hombre devolvia su aliento á la divinidad.

Al oir el toque de los tambores, se levantó erguido como en los dias de batalla; su corazon respondia á los sones marciales de las cajas.

Asomóse á los cristales y vió desfilar la tropa.

—Esa llamada es para formar; no mortifiquemos mas.... deme usted un abrazo, señor Concha, que será el último que nos demos.

Aquel miserable verdugo sintió su infinita pequeñez delante de aquel hombre, y se acercó confuso al caudillo, que le tendió sus brazos.

Ajustóse despues el trage talar.

—*Esta será mi mortaja, pues aquí no hay otra.*

—Permítame usted que le venden los ojos, señor general, dijo Concha.

—*No hay aquí objeto que me distraiga.*

Sacó despues el relox, vió la hora con la serenidad que acostumbraba hacerlo al comenzar una batalla.

Pidió despues un crucifijo, y con la voz solemne de quien se halla delante de Dios desde los dinteles de la vida, dijo:

—*Señor, si he obrado bien, tú lo sabes; y si mal, yo me acojo á tu infinita misericordia!*

—Perdone usted, señor general, mi insistencia, dijo Concha; ruego á usted que permita vendarle.

—Bien; yo lo haré.

Sacó su pañuelo, y se anticipó él mismo las tinieblas de la tumba.

Tomóse del brazo de Concha, y se encaminó al lugar de su suplicio como el Mártir del Gólgota.

Iba perfectamente sereno; pero al sentir la yerba bajo su planta, reconoció el lugar de la ejecucion, que habia visto desde la ventana de la capilla.



—*Aquí es el lugar*, dijo, y se detuvo.

Arrodillóse para recibir la muerte.

Un gentío inmenso rodeaba aquel siniestro lugar: los semblantes todos estaban demudados; la tropa conmovida profundamente.

Tenian razon; allí estaba el héroe qne en *nueve* batallas campales y cien encuentros, habia arrancado sus laureles á la victoria.

Allí estaba el hombre de la política, que habia puesto su nombre en el Código de la libertad y de la emancipacion de su pueblo.

Allí, allí estaba el caudillo, que con la serenidad del heroismo, unas veces habia pronunciado el perdon, y otras caido sobre sus enemigos como el rayo de la justicia inexorable de Dios!

Dios, que abate el sér humano cuando se alza amenazante sobre la tierra, heria aquella frente que la muerte habia respetado en los combates.

El héroe llamaba resuelto á las puertas de la eternidad, despues de haber implorado la divina misericordia!

## V.

Hubo un momento de espectativa terrible!

Los soldados tendieron sus fusiles sobre aquel cerebro, donde el astro del génio y del valor irradiaba en su postrer momento.

El oficial vacilaba.... hizo al fin una señal con su acero, y el plomo fatal, precedido de la detonacion, hizo su estrago formidable.

El caudillo hirió con sus manos ungidas la tierra, que se estremeció á su contacto.

Oyóse otra descarga casi simultánea: entonces resonó un grito

terrible como el de la justicia humana; un clamor arrancado al pecho del héroe, como una maldicion lanzada desde el suelo empapado en sangre, invocando la venganza eterna!

Despues.... el silencio de la muerte!

## VI.

El pueblo lloraba.

Cuando los verdugos llevaron aquellos sagrados despojos, las mujeres piadosas recogieron en pequeños lienzos, como el óleo santo, la sangre del mártir.

Dice la tradicion, que el *terremoto* sentido en aquellos momentos, hizo encrespar las olas agitadas de las lagunas, que crecieron y se hincharon hasta trasponer sus márgenes, y penetraron en el campo del suplicio.

Cuando volvieron á su cauce, la sangre habia desaparecido, arrebatada por las corrientes.

Cuántas veces al pasar por aquellas márgenes históricas, cuando el sol ha caido en la tumba de su Ocaso y el agua se riza en ondas de púrpura, hemos recordado la leyenda narrada en el hogar por nuestros abuelos!...

Parece que la sombra del héroe vaga por aquellos contornos; y cuando la tormenta se descuelga en mangas inmensas sobre los lagos, se le vé atravesar á la luz de los relámpagos con sus sudarios ensangrentados!

El lugar del suplicio lo pueden reconocer los peregrinos en el sitio donde se levanta una modesta pirámide, en el pueblo de San Cristóbal Ecatepec.

# CAPITULO II.

De cómo lo que está escrito tiene que suceder infaliblemente.

## I.

Rota la gran columna del templo de la revolucion, los muros se derrumbarian enmedio de la catástrofe mas terrible.

La muerte de Morelos fué la señal de la derrota.

Las ciudades todas, los pueblos, las fortalezas, todo cayó en poder de los realistas, y los insurgentes fueron perseguidos, dispersos, asesinados por las tropas vencedoras, hasta refugiarse en pequeños grupos en las montañas.

El ala de la devastacion y de la muerte tocaba la sien marchita de la libertad agonizante.

Estrechos son los límites de este libro para narrar los mil y mil episodios que tuvieron lugar la segunda época de ese gigante levantamiento.

Se llenarian muchas páginas solo con los nombres de las víctimas y la narracion histórica de sus hazañas; baste saber que los cadalsos se ensangrentaron como en los dias nefandos de la *Restauracion*, que la denuncia se puso á la órden del dia, que las vi-